

ISBN 978-950-33-1650-4

Edición de
LAURA ARESE
CÉSAR MARCHESINO
EDGARD RUFINETTI
EDUARDO SOTA
ANA TESTA

Cuestiones de Filosofía de la Educación. Tradiciones, experiencias y controversias



Cuestiones de Filosofía de la Educación

Tradiciones, experiencias y controversias

Edición de:

Laura Arese
César Marchesino
Edgar Rufinetti
Eduardo Sota
Ana Testa

**Colecciones
del CIFYH**



Cuestiones de Filosofía de la Educación. Tradiciones, experiencias y controversias /
Laura Arese ... [et al.]; editado por Laura Arese ... [et al.]. - 1a ed. - Córdoba:
Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2021.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1650-4

1. Filosofía de la Educación. I. Arese, Laura, ed.

CDD 370.1

Publicado por

Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades - UNC

Córdoba - Argentina

1º Edición

• •
Área de
Publicaciones

Diseño de portadas: Manuel Coll

Diagramación: María Bella

2021



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.



Desafíos de la filosofía de la educación: reconstruir el valor de lo público desde la experiencia educativa y la inteligencia social

María Alejandra Olivera*

Este texto se piensa a partir de la inquietud por delimitar algunos de los desafíos que tiene hoy la filosofía de la educación, desde una perspectiva que la piensa como contribución sustancial cuando se ocupa de ampliar la visión sobre los fines y consecuencias actuales de la realidad experimentada, y manifiesta, en el ámbito de la educación y la sociedad. Esta posición le reconoce a la filosofía de la educación una tarea que hoy es fundamental, porque contribuye con una comprensión más compleja y ampliada de la realidad y nos libera de clasificaciones rígidas o de ilusiones de certezas salvadoras.

La situación actual de crisis sanitaria, política, económica, educativa, etc., a nivel mundial, resaltada por el Covid-19, nos demuestra que los desafíos actuales se incrementan sin dudas, y día a día se hacen más acuciantes y urgentes. La filosofía de la educación puede ayudar no sólo cuestionando los límites estrechos de fines y valores vigentes, sino generando ideas que sirvan para pensar otras actividades y prácticas, otros medios, más integrados, resultado de una intensión emancipadora.

En este contexto queremos retomar un tema siempre actual para la filosofía de la educación, enmarcado en las temáticas sobre el vínculo entre democracia y educación, que se refiere a la necesidad de repensar el valor de lo público. Para eso, vamos a centrarnos en los aportes del pensamiento deweyniano, que hizo de esta temática una de sus principales preocupa-

* Profesora de Educación Inicial. Magister en Educación con mención en Historia y Filosofía de la Educación. Profesora Adjunta del Área Filosófico-Pedagógica de la Facultad de Ciencias Humanas - Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires (UNCPBA) Investigadora del Grupo: Teoría Crítica de Educación: democracia y ciudadanía (FCH-UNCPBA) y miembro del Núcleo de Estudios Educativos y Sociales (NEES-FCH-UNCPBA) Tandil - Argentina.

oliveramariaalejandra@gmail.com

ciones, con el objetivo de aportar un breve análisis sobre dos cuestiones significativas: la experiencia educativa y la inteligencia social.

Partimos, entonces, de la idea de filosofía que propone John Dewey, él afirma que la filosofía tiene que ser vista como una forma especial de cognición crítica¹; porque su tarea se define al ejercer un papel socialmente significativo, en términos de crítica, con la intensión de contribuir con la problematización, la teorización y el impulso de la acción, frente a los asuntos y acontecimientos relevantes de lo humano, en cada tiempo y contexto.

Esta es la función principal de la filosofía para Dewey, y por ello la presenta como una crítica fuerte a las ideas y consecuencias de otro modo de entender a la filosofía, cuando se muestra como conocedora de la *Realidad Última*, inmutable y; a la vez, garante de un conocimiento verdadero y unificador². En varios de los textos, en los que hace referencia a su fundamentación filosófica, desarrolla ampliamente la crítica que señalamos; especialmente en, una de sus obras claves al respecto, *La reconstrucción de la filosofía* (1920), y también, en *El Hombre y sus problemas* (1946).

Por medio de una praxis reflexiva continua, esta crítica debe ser entendida como una búsqueda consciente que permita visibilizar todo tipo de absolutismos, dogmatismos y, por ende, posibilite dimensionar las injusticias, los males, la violencia, la opresión; cualquier manifestación que

¹ John Dewey, dice: "concebir la filosofía como el método crítico de desarrollar métodos de crítica." (Dewey, 1948, p. 355) Esta crítica implica conciencia del propio accionar crítico y una predisposición al análisis reflexivo para ver las deficiencias y las limitaciones de los valores y fines que prevalecen en cada período; y también, las riquezas que tienen las significaciones que se realizan sobre la experiencia humana. En esta concepción de crítica se funda la iniciativa pedagógica de aprender a pensar inteligentemente para promover la emancipación; y donde el conocimiento deja de ser un fin en sí mismo y se concibe como un medio fundamental, guiado por el pensamiento reflexivo, para valorizar y guiar acciones significativas, libres, deliberadas y responsables; dando lugar a experiencias que son el resultado de elecciones inteligentes, razonadas y vinculadas a las problemáticas de la vida humana y social.

² Toda filosofía que pretenda reducir la realidad a un patrón único de verdad refuerza la idea de conocimiento completo en sí mismo, al que nada le falta, se presenta como inmutable y absoluto; y no puede experimentar ningún cambio sustancial. En su planteo crítico sobre la influencia de este tipo de filosofía, y sus diversas formas, Dewey señala: "Fue legada a generaciones de pensadores como axioma indiscutible la idea de que el conocer es intrínsecamente una mera percepción o visión de la realidad, es decir, el concepto de conocimiento como espectáculo. Tan profundamente tomó contextura esta idea que dominó durante siglos, incluso cuando ya el progreso real de la ciencia había demostrado que el conocimiento es el poder de transformar el mundo, y siglos después de que la práctica del conocimiento eficaz había adoptado el método experimental". (Dewey, 1959, p. 178)

impida el avance de las sociedades y el crecimiento humano, en términos de igualdad, libertad y justicia social. Teniendo de base un propósito normativo que dé lugar al planteo de otros ideales, métodos y prácticas, que puedan contraponerse a dichas concepciones y modelos arbitrarios. Según Dewey, la filosofía siempre debe abrir los ojos ante los problemas de las personas y expresarse ante los conflictos más profundos de su época.

John Dewey siempre pensó esta labor como una “acción cooperativa” (Dewey, 1952, p. 20) que se diferencia de aquellas concepciones que asocian al conocimiento, y a la comprensión del mundo, con una tarea individual. La realidad tiene que abordarse como una cuestión de diversidad, de transformación, de conflicto y de lucha social; para que pueda definirse por su cualidad práctica y convertirse en *operante y experimental*. Lo que se plantea es una transformación de la naturaleza de la filosofía, cuya consecuencia debe ser invertir la idea de lo real como certeza, como algo consumado y definitivo, por otra idea de lo real: como posibilidad permanente, donde será necesario descubrir los obstáculos que impiden el logro de aquello que se configura como interés y deseo colectivo.

La filosofía tiene así una función primordial “la de racionalizar las posibilidades de la experiencia, y de un modo especial las de la experiencia humana colectiva”. (Dewey, 1959, p. 188) A partir de esta postura, se va definiendo su pensamiento sobre lo social y lo político, donde la democracia es el eje desde el cual pensar los problemas humanos contemporáneos. Toda democracia, dice, requiere de una constante consideración crítica, para analizar la calidad de sus ideas y acciones; ya que el valor de una democracia está directamente asociado al tipo de ideas que la fundamenta, y sobre las que se determinan el rumbo de sus políticas. En esto consiste si idea de reconstrucción de la democracia y por ende la reconstrucción del valor de lo social y de lo público.

En esa misma línea, piensa que la educación puede cumplir un papel importante frente a esta necesidad de crítica y análisis reflexivo, en la medida que colabore con el desarrollo de las capacidades necesarias; y, así, que todos podamos ser capaces de *discriminar bajo la superficie*, como escribe Dewey. O sea, ser capaces de una conducta inteligente y poco ingenua frente a la realidad y los procesos de manipulación, que la misma educación genera cuando aísla a los alumnos de los problemas sociales y los males políticos y económicos reales.

Este posicionamiento pedagógico, también, define a la educación como “una constante reorganización o reconstrucción de la experiencia” (Dewey, 1995, p. 73), que además de dar sentido a dicha experiencia también aumenta las capacidades para dirigir otras nuevas. Estos dos aspectos, el de reorganización y reconstrucción, destacan: por un lado, la importancia de encontrar conexiones y continuidades en las actividades que se realizan, para descubrir el sentido de lo que se hace; y por otro, la posibilidad de dirigir y controlar las próximas acciones para generar consecuencias beneficiosas para el crecimiento humano. Así queda representada, según este autor, una experiencia auténticamente educativa.

La educación planteada de este modo está íntimamente vinculada a una democracia que requiere vivir, el día a día, de forma democrática. Pero vivir de forma democrática no es ajustarse a una serie de reglas fijas, que establecen cómo hacerlo; sino, es la oportunidad de actuar en un espacio donde se puedan desarrollar hábitos flexibles y en constante desarrollo. Que posibiliten: discernir las complejidades de las situaciones que vivimos y nos afectan, proponer hipótesis o alternativas para explicar los acontecimientos y las ideas, poder aprender de la experiencia compartida en un contexto de formación planificada, evaluar con criterios de objetividad y justicia los valores y opiniones que se encuentren en conflicto, y ser capaces de cambiar las propias perspectivas sobre las consecuencias de nuestras acciones y su relación con las de los demás.

Lo realmente significativo de la visión pedagógica de Dewey es que trasciende el modelo de formación de capacidades o disposiciones individuales como preparación para el futuro y garantía de progreso; su planteo implica un abordaje comprometido con el presente y situado en el espacio de las múltiples relaciones sociales y culturales. Es importante destacar que su interés era revalorizar el rol de las instituciones, que tienen injerencia en la formación humana, para promover el crecimiento intelectual y emocional en el marco de la vida compartida de una comunidad.

El objetivo del autor resaltar la importancia de la tarea cotidiana de una educación pública y sistemática, con claridad en sus metas, orientada a brindar a cada alumno la posibilidad de poder significar toda experiencia desde un pensamiento inteligente y de carácter social. Lo central aquí es que no se trata de educar una facultad o competencia sino de estimular la formación, como bien señala Richard Bernstein, de:

[...]un conjunto de disposiciones que implican imaginación, sensibilidad ante la complejidad de las situaciones concretas, consciencia de sus consecuencias, capacidad de escuchar y aprender de las opiniones de otros, así como una actitud experimental falibilista a la hora de intentar resolver problemas. (Bernstein, 2010, p. 260)

Lo central es que estas disposiciones tienen que desenvolverse mediante actividades e interacciones referidas a cuestiones de la propia vida social. No se logran de forma definitiva como resultado de acciones educativas prefijadas y uniformes; su desenvolvimiento es progresivo y se vincula a la posibilidad concreta de ponerlas en práctica, por medio de una actividad en la que participamos con otros sujetos.

El sentido de lo social es notoriamente decisivo en esta propuesta y remite a la idea de comunicación. Es a través de ella que se logran ampliar las significaciones que nos permiten vivir en cada época y, además, participar para realzar, ahondar y consolidar estas significaciones de forma compartida. Pero, Dewey advierte que la comunicación no es sólo un medio para poder alcanzar valores y fines comunes, es además el sentimiento de comunidad, de comunión, de lo que somos capaces de acordamos mutuamente, realizado.

En *Democracia y Educación* (1916) lo expresa claramente:

Los hombres viven en una comunidad por virtud de las cosas que tienen en común; y la comunicación es el modo en que llegan a poseer cosas en común. Lo que han de poseer en común con el fin de formar una comunidad o sociedad son objetivos, creencias, aspiraciones, conocimientos; una inteligencia común [...] Tales cosas no pueden pasarse físicamente de unos a otros, como ladrillos; no pueden compartirse como varias personas comparten un pastel dividiéndolo en trozos. La comunicación que asegura la participación en una inteligencia común es la que asegura disposiciones emocionales e intelectuales semejantes, como modos de responder a las expectativas y a las exigencias. (Dewey, 1995, p. 16)

Así, el valor social de la educación queda vinculado al carácter educativo de la comunicación en cuanto posibilita la continuidad y renovación de las experiencias vitales de la sociedad; y, al mismo tiempo, el desarrollo de cada sujeto en ese entorno en el que será necesaria su participación. La educación sistematizada y pública se vuelve fundamental para transmitir los recursos y las adquisiciones de sociedades, cada vez, más complejas; sin olvidar que esta transmisión cumple con su tarea en la medida que afirme

su finalidad crítica orientada a partir de su carácter ético-político. Esto requiere guiar la formación de cada sujeto para que pueda colaborar con otros en la renovación, sostenida, de sociedades comprometidas con la tarea de generar experiencias más libres y más humanas, que hagan crecer la democracia.

Dewey plantea quizás uno de los principales problemas al que se debe enfrentar la teoría pedagógica, en referencia a la finalidad social de la educación; la de efectuar una indagación amplia que permita lograr una concepción más clara del sentido de lo *social*. Su preocupación deriva de la convicción de que la función social de la educación requiere definir la clase de sociedad que se busca; ya que, las normas y los métodos de la educación varían de acuerdo al ideal de vida social que predomine.

Estos conceptos continúan siendo relevantes hoy, nos permiten reflexionar, poner en debate, y reafirmar aquello que el autor llama “la libertad de la escuela como medio de educación.” (Dewey, 1952, p. 71) Él entiende, y lo compartimos, que la libertad no es una mera cuestión individual, es sobre todo social; porque una educación que comprenda su función social y democrática debe impulsar una formación que comprenda el valor y la relevancia de lo colectivo.

De acuerdo al propósito del texto podemos incorporar otro concepto que nos parece central, propuesto por el autor como el *método de la inteligencia*³ (Dewey, 1952, p. 75) nos permite desenvolver la capacidad crítica para comprender prejuicios, limitaciones y procesos autoritarios. Por ello, es un aspecto primordial y obligado para pensar la educación contemporánea. Sin embargo, debemos preguntarnos: ¿Por qué retomar esta noción de inteligencia social? ¿En qué medida contribuye para orientar una deliberación crítica sobre nuestras democracias y nuestro sistema educativo? ¿Nos permite abordar, en un sentido transformador y emancipador, el problema de la desvalorización de lo público?

El concepto de inteligencia social, debe ser pensado en el marco de un vínculo vital que integra democracia y educación, la relación entre

³ Cuando Dewey habla de método no se refiere a una mera cuestión de procedimiento educativo, hace referencia al accionar, en un sentido amplio, que se posiciona según una orientación social que reclama la comprensión reflexiva de las condiciones sociales; desde la que se definen todos los aspectos que integran el proceso de educación. Por ello, la inteligencia, supone para Dewey, el modo en que se puede asumir un cambio social de carácter radical. Así, frente a fuerzas dogmáticas, autoritarias y violentas, es necesario fomentar una inteligencia dotada de capacidad crítica, para poner frenos a estas fuerzas.

formación, conocimiento y acción social; y aquello que, en este contexto, entendemos por experiencia educativa. Porque la inteligencia social o popular no es un cuestión de ejercicio de la razón por medio de un acto interno (o individual) de la voluntad, como nos advierte Bernstein cuando analiza este concepto en Dewey. La inteligencia social tiene que ser vista como una experiencia que, por su carácter social, presupone un desarrollo constante; que a su vez, requiere ser ampliada e integrada mediante una tarea educativa.

En este planteo, la educación debe actuar con una intención manifiesta buscando viabilizar y revalorizar permanentemente el uso de un método reflexivo y práctico capaz de ampliar sus significaciones y alcances; y, a la vez, que pueda denunciar y cuestionar toda forma de automatizar o mecanizar dichas experiencias. La posibilidad de una comprensión reflexiva de cada hecho, circunstancia o situación que vivimos, en nuestro presente, nos encamina a la oportunidad de liberar y dar continuidad a nuestras experiencias educativas y sociales.

Es por medio de estas experiencias, que podemos contribuir con una formación que incremente las capacidades humanas para el ejercicio de la crítica, la autonomía y la cooperación. Condiciones necesarias para comprender y actuar en un mundo donde los cambios se producen, cada vez, con mayor rapidez y con una mayor demanda de estas disposiciones, para orientar acciones comprometidas con la vida en sociedad.

Esta concepción de experiencia le plantea a la educación un rol preciso, el de tratar al conocimiento como medio, para fomentar interacciones humanas que superen una comprensión del mundo adaptativa e ingenua; y que, al contrario, brinde la oportunidad de construir otras concepciones que posibiliten nuevos modos de acción.⁴ Sin embargo, esta perspectiva,

⁴ Este es uno posicionamiento clave de la teoría deweyniana, la de colocar el valor de una teoría de educación como verdadera posibilidad de transformación educativa y social. Como él señala, es fundamental atender la necesidad de pensar la educación en sus propios términos, así como establecer sus propias estructuras de referencia; lo que posibilitará cuestionar todo planteo que recurre únicamente a fundamentos teóricos externos, acriticos o del pasado, como instrumentos adecuados para la resolución de problemas pedagógicos actuales. Para ampliar este tema véase el capítulo I: *La educación tradicional frente a la educación progresista*, en *Experiencia y Educación* (2004). Allí se profundiza en la crítica a la educación tradicional, como también, se critica a la nueva educación o educación progresista cuando sólo busca rechazar las ideas y prácticas de la antigua educación para colocarse en el extremo opuesto. Lo que tiene como consecuencia mantener un planteo abstracto y, aún más, defender fines y métodos de igual modo ajenos a las cuestiones de la experiencia real de los sujetos que aprenden.

no olvida que el mundo real no es conocido, ni intelectualmente coherente, en un primer momento; por esto, el verdadero propósito es que toda práctica educativa ayude a formar un saber capaz de relacionar lo actual y lo posible (en términos de aquello que definimos como ideal normativo); central para comprender más profundamente los problemas humanos y fundamental para impulsar auténticas transformaciones sociales.

De esta forma, estamos aludiendo directamente al problema que vincula la práctica pedagógica con el propósito de la transformación social, pero es importante aclarar que no nos referimos, meramente, al tema de cómo la educación colabora con la transformación social. Dewey aclara:

[...] el problema no reside en si las escuelas deben participar en la formación de una nueva sociedad (pues, queriéndolo o no, ya lo hacen), sino en si deben hacerlo ciega e irresponsablemente o empleando toda la inteligencia con la mayor valentía y responsabilidad posibles. (Dewey, 1996, p. 188)

Por todo lo dicho, el concepto de “inteligencia popular” (Dewey, 1952, p. 76) nos interpela enérgicamente. Justamente porque todo pensar inteligente equivale a un aumento de *libertad de acción*, especialmente cuando las fuerzas que actúan en nuestro presente son de opresión, colonización, individualización, y ataque a cualquier tipo de pensamiento crítico. John Dewey nos dice también que es fundamental entender la inteligencia como una obligación ético-política, que nos permita “emanciparnos de la casualidad y de la fatalidad.” (Dewey, 1959, p. 209) Y, asimismo, vincularla a un proceso de conocer como participación colectiva, frente a lo que es “el drama de un mundo en marcha.” (Dewey, 1952a, p. 254).

En este mismo sentido, señala Bernstein: “Cuanto mayor es nuestra conciencia de la alienación que afecta a gran parte de la existencia del ser humano, mayor es el desafío correspondiente de hacer efectiva la inteligencia.” (Bernstein, 2010, p. 211) Así entendida, nos permitiría pasar de una “acción ciega, esclava y sin significación [...] a una acción libre, significativa, dirigida y responsable.” (Dewey, 1948, p. 353); capaz de prever las consecuencias de los acontecimientos existentes para dirigir el curso de las acciones, especialmente las que incumben a cuestiones humanas en el contexto social.

Desde la filosofía de la educación no podemos eludir las implicaciones y los alcances de este *drama*, que es el mundo en marcha, y que nos



pregunta cómo nos paramos y qué hacemos frente a lógicas deshumanizantes, acríticas, mercantilistas, que bloquean los caminos de la asociación (comunidad) y la cooperación. No desconocemos que estas fuerzas están sostenidas y actúan desde modelos que se llaman democráticos.

Es imperioso poner en debate estas cuestiones porque, como dice Dewey en *La opinión pública y sus problemas*: “Un estado más inteligente de los asuntos sociales, un estado más informado por el conocimiento, más dirigido por la inteligencia, no mejoraría ni un ápice los atributos originales, pero subiría el nivel en que opera la inteligencia de todos” (Dewey, 2004, pág. 170). Y eso sería un enorme avance.

Bibliografía

Bernstein, R. (2010). *Filosofía y democracia: John Dewey*. Barcelona: Herder.

Bernstein, R. (1991). *Perfiles filosóficos. Ensayos a la manera pragmática*. Ciudad de México: Siglo XXI.

Dewey, J. (1995). *Democracia y Educación*. Madrid: Morata.

Dewey, J. (1952). *El hombre y sus problemas*. Buenos Aires: Paidós.

Dewey, J. (1948). *La busca de la certeza: un estudio de la relación entre el conocimiento y la acción*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Dewey, J. (1948). *La experiencia y la naturaleza*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

Dewey, J. (2004). *La opinión pública y sus problemas*. Madrid: Morata.

Dewey, J. (1959). *La reconstrucción de la filosofía*. Buenos Aires: Aguilar.

Dewey, J. (1996). *Liberalismo y acción social*. Valencia: Alfons el Magnànim.

Dewey, J. (1946) *Libertad y cultura*. Rosario: Rosario S. A.